

## La terapéutica a través de las aguas sulfurosas en la Hispania romana

### INTRODUCCIÓN

Las aguas minero-medicinales se conocen desde tiempo inmemorial, pues su olor, sabor y temperatura, tan diferentes a las del agua común, hicieron que el hombre se fijara en ellas de una forma especial. Quizás los primeros que iniciaron su uso fueron los enfermos supersticiosos o los ya cansados de soportar sus enfermedades que, no encontrando alivio con otros remedios, experimentaron inesperadas mejoras al utilizar estas aguas de forma casual. Por todo ello, en la Antigüedad se miraban como sagrados todos los manantiales de aguas termales, y este es el motivo de la atención que les prestaron los científicos y los médicos del mundo grecorromano, que recomendaron el uso del agua mineral para el tratamiento de un gran número de enfermedades. Para conocer el interés que mereció este agente terapéutico hay que acudir a las fuentes literarias; son muchos los autores en los que se hallan referencias, aunque sean muy breves, a las aguas medicinales. Se ocupan de ellas no sólo los médicos sino también toda clase de escritores (literatos, poetas, geógrafos, filósofos, naturalistas, etc.). Y es curioso comprobar cómo, a pesar de ser un medio terapéutico, no parece ser considerado por los médicos como un medio "científico" de curación, sino un remedio popular al que acabarán reconociendo sus virtudes y al que recurrirán sólo cuando otros métodos más "científicos" fallen.

### *Autores médicos que se ocupan de las aguas medicinales*

Dentro de las fuentes médicas hay que comenzar cronológicamente con el *Corpus Hippocraticum*. En este se ve cómo el agua caliente o fría es empleada en el tratamiento de un cierto número de enfermedades, pero sus indicaciones resultan muy vagas en lo que se refiere a las aguas medicinales, a las que no parece tener en mucho aprecio. Así se ve cómo en el tratado *De los aires, aguas y lugares*, atribuido a Hipócrates, se analiza el tema de las aguas, y del conjunto de esta obra se puede obtener un cuadro con las cualidades positivas y negativas de las mismas. Para el autor de este libro las cualidades gustativas de las aguas son indisolubles de su salubridad y las aguas buenas para la salud lo son también para beber, es decir, tienen buen sabor. Este razonamiento, por tanto, excluye de las aguas saludables a las fuertemente mineralizadas. En el capítulo VII de este mismo libro se reconocen propiedades particulares a las aguas termales pero no se ve en ellas un medio terapéutico, sino que, por el contrario, se las considera nocivas para la salud. En el único lugar donde habla claramente de un agua termal es en *Epidemias* donde se menciona a un ateniense que, teniendo todo el cuerpo afectado de prurito, fue a la isla de Melos a tomar los baños calientes que allí había; se curó de su enfermedad, pero se volvió hidró-

<sup>1</sup> V, 9. En *Oeuvres complètes d'Hippocrate*, París, 1839-61 (ed. Littré).

pico y murió. Cabría preguntarse si fue este mal resultado el que supuso la indiferencia y el escepticismo hacia las aguas minerales por parte del *Corpus Hippocraticum* y de sus sucesores, que adoptarán prácticamente la misma actitud. O bien, quizás el motivo pudo estar como opina Bluteau<sup>2</sup>, en que en este justo momento la medicina comienza a separarse de la liturgia y se constituye sobre bases científicas, descuidando este tema por completo. La utilización de las aguas minerales formaba parte de la religión que siempre consideró a las fuentes, sobre todo las calientes, como sagradas, y el *Corpus Hippocraticum* tiende a alejarse de todo lo que tenga relación con el campo de la religión.

Según TartiveP, esta actitud influye en sus seguidores, que no mencionan en sus escritos el empleo del agua en el tratamiento de las enfermedades, quedando la terapéutica del agua completamente abandonada. Para Daremberg<sup>4</sup>, en esta época los baños minerales parecen haber pertenecido más a la clase de los remedios populares, que a la de los tratamientos médicos.

Habrà que esperar la llegada de los últimos años de la República para ver a la hidroterapia introducirse en Roma gracias a la iniciativa de Asclepiades de Bitina, quien, sin embargo, no se ocupa de las aguas medicinales en particular. Alumno suyo fue Musa, quien será conocido, sobre todo, por haber curado a Augusto con el uso de baños de agua fría.

Después es Celso<sup>5</sup> quien, en su obra *De medicina*, suministra preciosos detalles sobre la hidroterapia y

los beneficios que se pueden obtener de la aplicación de los baños. Pero es muy vago en sus referencias al agua mineral. Así, en algunos contados lugares recomienda los baños salados naturales para la parálisis<sup>6</sup>, los baños en fuentes medicinales frías para el estómago<sup>7</sup>, y para la hidropesía las estufas secas naturales, como la de Bayas<sup>8</sup>. Igual sucede con Dioscórides, quien menciona brevemente las aguas minerales, refiriéndose sólo a las saladas, sulfurosas y aluminosas, y considerando que tienen la propiedad de desecar<sup>9</sup>.

Posteriormente es Heródoto quien dedica una parte breve de su obra a los baños de agua mineral. En su libro *Sobre los agentes médicos externos*<sup>TM</sup> ofrece una tabla de indicaciones para el empleo de estas aguas en diversas enfermedades. Es el único médico que no clasifica las aguas minerales, pues considera que es mejor dejarse guiar por la experiencia y hablar del uso concreto de determinadas fuentes de aguas minerales para determinadas enfermedades.

A comienzos del siglo II la hidroterapia todavía tiene importancia y muestra de ello es la aportación de Antilo" y de Arquígenes<sup>12</sup>. Ambos son los primeros médicos que distinguen y, por tanto, clasifican el mayor número de aguas minerales conocidas hasta el momento. También será interesante la aportación de Rufo de Efeso, que clasifica las aguas medicinales hablando en diversos lugares de sus propiedades<sup>13</sup>, y la de Areteo, quien señala el uso de las aguas medicinales calientes como remedio para algunas enfermedades<sup>14</sup>. No obstante, el tratamiento de los enfermos mediante el agua irá perdiendo, poco a poco, importancia y la

<sup>2</sup> A. Bluteau, *Emploi thérapeutique des eaux potables, et des eaux minerales dans l'antiquité gréco-romaine*. Paris, 1936, p. 56.

<sup>3</sup> A. Tartivel: "Hydrothérapie". En Dechambre et Lereboullet, *Dictionnaire encyclopédique des sciences médicales*. Paris, 1888, tomo XIV, p. 711.

<sup>4</sup> En notas a la *Collectio medica* de Oribasio, libro X, cap. 3, p. 875. En *Oeuvres d'Oribase*, traduit par Bussemaker et Daremberg, en *Collection des médecins grecs et latins*, publiée par Daremberg. Paris, 1851 -54.

<sup>5</sup> Aunque Celso es escritor y no médico, el carácter médico-científico de su obra hace aconsejable en este tema concreto incluirle entre los médicos.

<sup>6</sup> *De medicina*, III, 37, 1. En *Collection des auteurs latins*. Publiés sous la direction de M. Nisard. Paris, s.f.

<sup>7</sup> *Op. cit.*, IV, 5.

<sup>8</sup> *Op. cit.*, III, 11.

<sup>9</sup> *De materia medica*. En *Científicos griegos*, Madrid, 1970, vol. II, p. 130. Ver también las *Anotaciones a la Materia Medica de Dioscórides* en la edición de Andrés de Laguna, pp. 513 s.

<sup>10</sup> En Oribasio, *op. cit.*, X, 5.

<sup>11</sup> *Sobre los medios de tratamiento*. En Oribasio, *op. cit.*, X, 3. Ver también L. Bonnard, *La Gaule thermale. Sources et stations thermales et minerales de la Gaule a l'époque gallo-romaine*. Paris, 1908, pp. 16-22.

<sup>12</sup> En Aecio, *Tetraboli I, sermo III*, cap. CLXVII: *De balneis naturalibus*. Archigenis. En *Aetii medic graeci contractae ex veteribus medicis tetrabiblos*. Lugduni, 1549.

<sup>13</sup> *Tratado de la gota*, p. 257; *Sobre las aguas*, p. 345; *Fragmentos extraídos de Rhazés*, pp. 454 y 540. Todo ello en *Oeuvres de Rufus d'Ephése*. Traduit par Ch. Daremberg. Paris, 1879.

<sup>14</sup> *De causis et signis acutorum morborum*, VII, 4. En *Medid antiqui graeci*, de Junio Paulo Crasso Patavino. Basileae, 1581.

hidroterapia irá desapareciendo de la escena médica<sup>15</sup>. Con Galeno el uso del agua cobra de nuevo algo de vida, aunque en ninguno de sus escritos el empleo de la medicación termal parece ser recomendada a título de prescripción médica, y más bien ofrece sólo vagas indicaciones<sup>16</sup>. Es más, Galeno parece encontrar en las aguas minerales más contraindicaciones que beneficios, pues las desaconseja en un número importante de enfermedades y son escasas las dolencias para las cuales este tipo de aguas le parecen recomendables.

Sus sucesores en el tiempo, Oribasio, Celio Aurelia-no<sup>17</sup>, Aecio<sup>18</sup>, Alejandro de Tralles", Pablo de Egina<sup>20</sup>, no harán apenas más que repetir las opiniones de los médicos que les habían precedido. Oribasio, en concreto, ofrece referencias a las aguas minerales en muchos lugares de su obra<sup>21</sup>, pero no parece que esté demasiado informado sobre el termalismo; parece desenvolverse más cómodamente con los principios generales de la balneoterapia, reconociendo a los baños en general -con independencia del agua utilizada- propiedades muy activas. No obstante, su obra es importante porque recoge fragmentos de otros de los médicos aquí citados y que sí se ocupaban de las aguas medicinales.

Resulta evidente, tras esta breve visión histórica, que la balneoterapia ocupa un lugar importante dentro de la medicina de la Antigüedad, si bien es un lugar que consigue tras un esfuerzo continuado a lo largo de los siglos, pues el silencio del *Corpus Hippocraticum* con respecto a las aguas medicinales condicionó la actitud de la medicina posterior, y, como opina Bluteau<sup>22</sup>: "No parece que las curas hidrominerales hayan tenido en la medicina científica de los antiguos

un sitio tan importante como en el favor popular o en los escritos de los geógrafos y de los enciclopedistas". Pero, de cualquier modo, y como a continuación se observará, los médicos prestaron su atención a las aguas medicinales clasificándolas y recomendándolas para diversas enfermedades.

#### *Clasificación de los diferentes tipos de aguas*

Clasificar las aguas minero-medicinales es difícil, debido a la complejidad de su composición química y a los numerosos puntos de vista bajo los cuales se las puede estudiar. Se las puede clasificar según su temperatura, según su distribución geográfica y las características geológicas de los terrenos donde emergen. Pero la clasificación que prevalece hoy día es la que atiende a la composición química de las aguas, que es en la que se basaron los autores de la Antigüedad. A pesar de la falta de unos conocimientos químicos como los que puedan existir en la actualidad, aprendieron a distinguir las diferencias existentes entre las distintas aguas minero-medicinales y a dividir las según contuvieran azufre, nitro, sal, hierro, etc., es decir, que su clasificación reposará sobre la mineralización principal de las aguas.

A continuación se muestra en la tabla cómo los autores de la Antigüedad<sup>23</sup> condensan las diversas especies de las aguas minerales en siete categorías: aluminosas, bituminosas, sulfurosas, ferruginosas, vitriólicas, nitrosas y salinas. En ocasiones "aguas alcalinas" y "aguas nitrosas" son términos sinónimos para algunos autores.

<sup>15</sup> Esta es la opinión de M. Durand-Fardel - E. Le Bret - J. Lefort, Dictionnaire general des eaux minerales et d'hydrologie médicale. París, 1860, I, pp. 199, s. v. "Bain". Comparte esta opinión L. Bonnard, op. cit., pp. 16-22.

<sup>16</sup> De sanitate tuenda, VI pp. 419-25 K (VI, 9); De compositione medicamentorum, XIII, pp. 1-4 K (VII, 1); De simplicium medicamentorum, XI, pp. 385-90 K (I, 4); Depraesigitione expulsa, IX, pp. 405-12 K (IV, 8); Methodi medendi, X, pp. 535-42 K (VIII, 2). En Opera omnia. Ed. de K. G. Kühn. 20 vols. Leipzig, 1821-33.

<sup>17</sup> De morborum chronicorum, I, 1; IV, 1; V, 2 y 4. En Caeli Aureliani, Siccensis, Medici vetusti, Secta Methodici, De Morbis Acutis et Chronicis. Amstelaedami, ex officina Wetsteniana, 1722.

<sup>18</sup> Tetrabili I. Sermo primas: De simplicium medicamentorum viribus', Sermo secundus: cap. XLIX "Asphaltus. Bitumen"; Sermo tertius: cap.

LII "Aquam ducentia", cap. CLXV "De aquis ex Rufo", cap. CLXVI "De balneis ex Galeno", cap. CLXVII "De balneis naturalibus.

Archigenis", cap. CLXVIII "De frigidae lotione. Ex Galeno", cap. CLXXI "De aspersionibus", cap. CLXXII "De irrigationibus".

Tetrabili II: cap. VI "De balneis" (en De morbis oculorum).

"Arte medica, lib. I, cap. 2, 10, 13y 16; lib. VII, cap. 2 y 3; lib. X, cap. 1. Jo. Guinterio interprete... Lausannae, 1772, 2vols. 2" De re medica, I, 50 y 52. En Opera, Jo. Guinterio Andernaco interprete... Lugduni, 1567. 21 Collectio medica, libros V, X, XLV; ver también Synopsis, libros I, V y IX. ~ Op. cit., p. 56.

<sup>21</sup> Aunque no son médicos se ha incluido en esta tabla a Vitruvio, Plinio y Séneca, porque se ocupan de las aguas medicinales con gran interés y porque sus clasificaciones preceden a las de Antilo y Arquígenes que son las primeras realizadas por médicos con las que se puede contar.

	<i>Aluminosas Añaden</i>	<i>Bituminosas</i>	<i>Sulfurosas</i>	<i>Ferruginosas</i>	<i>Vitriólicas</i>	<i>Nitrosas</i>	<i>Salinas</i>
Vitruvio	X	X	X			X	Amargas
Acidas							
Plinio	X	X	X	X		X	Acidas
Séneca	X		X	X			
Antilo	X	X	X	X	X	X	
						o alcalinas	Mixtas
Arquígenes	X	X	X	X	X X	X	
Rufo	X	X	X			X	
Areteo	X	X	X				
Galeno	X	X	X			X	
Aureliano	X		X		X		
Alejandro		X	X			X	
Isidoro	X	X	X			X	X
P. Egina	X	X	X	X	X X	X	

Las aguas aluminosas, mencionadas prácticamente por todos los autores, son difíciles de identificar hoy día, puesto que parece que la alúmina no juega un papel en la composición de las aguas minerales y se la encuentra en una proporción mínima<sup>24</sup>.

Las aguas bituminosas han desaparecido de la terapéutica moderna, ya que se ha comprobado que la presencia del betún era menos frecuente de lo que se había admitido siempre, y, por tanto, hoy ha dejado de formar una clase dentro de la clasificación de las aguas minerales<sup>25</sup>. No obstante, en la Antigüedad formaba una clase de aguas clasificada, como se puede ver, por casi todos los autores.

Las aguas sulfurosas no ofrecían ningún problema de identificación, pues todos los autores las mencionan. Más adelante se volverá sobre ellas. Es interesante apuntar que son las más frecuentadas por los romanos en la Península Ibérica<sup>26</sup>.

Las aguas ferruginosas, al igual que las vitriólicas -que contenían cobre en su composición- son menos

mencionadas, quizás por ser más difíciles de distinguir. Las aguas ferruginosas siguen manteniéndose en las clasificaciones actuales, mientras que las vitriólicas han desaparecido, ya que el cobre sólo es posible encontrarlo de forma importante en un pequeño número de fuentes minerales<sup>27</sup>.

Las aguas nitrosas encajan peor en la clasificación moderna y entre los antiguos parecen además mal distinguidas de las aguas salinas. Hoy día este tipo de manantiales son considerados raros y curiosos. Rubio, entre cerca de las dos mil fuentes que recoge en su obra, cita sólo ocho manantiales cuya agua responda a esta clasificación<sup>28</sup>.

Las aguas salinas son muy numerosas; algún autor las llama también alcalinas y son, en ocasiones confundidas con las nitrosas.

Algunos autores, como Vitruvio y Plinio añaden a todas estas aguas las amargas y acidas o acídulas y Antilo las mixtas, es decir, aquéllas que participan de los diversos elementos que conforman las demás.

<sup>24</sup> Según Guy Serbat, en Plinio, *Histoire Naturelle*, liv. XXXI. Texte établi, traduit et commenté par Guy Serbat. Paris, Les Belles Lettres, 1972, p. 94, nota 5.

<sup>25</sup> Guy Serbat, *ibidem*; Durand-Fardel, *op. cit.*, I, p. 269, s.v. "Bitume".

<sup>26</sup> E. Oró Fernández, *Aguas minero-medicinales y balnearios de la Hispania Romana. Aspectos médicos, funcionales y religiosos*. Universidad de Valencia (Facultad de Geografía e Historia). Valencia, 1993, pp. 744-747. Tesis Doctoral (sin publicar).

<sup>27</sup> Durand-Fardel, *op. cit.*, I, p. 517, s.v. "Cuivre".

<sup>28</sup> P. M. Rubio, *Tratado completo de las fuentes minerales de España*. Madrid, 1853, p. 555.

Si se compara esta tabla de clasificación de las aguas minerales de los autores antiguos con las actuales<sup>29</sup>, se llega fácilmente a la conclusión de que no ha cambiado el panorama en los dos mil años y que los nombres que los autores de la Antigüedad dieron a las diferentes aguas, basándose en su principal componente mineralizador, son los que se han mantenido hasta hoy día.

#### *Indicaciones terapéuticas de las aguas minerales*

Una vez conocidas y distinguidas las diferentes alases de aguas medicinales, fue la observación y la experiencia lo que llevó a los médicos antiguos a recomendar las diferentes aguas para determinadas enfermedades.

Las aguas aluminosas eran consideradas buenas en general para la parálisis, las hemorroides, dispepsias, afecciones ginecológicas y supuraciones de todo tipo; también parecen haber observado que estreñían<sup>30</sup>.

La indicación general para las aguas bituminosas es la de que son purgantes y calientan; también son relacionadas con las afecciones ginecológicas<sup>31</sup>.

Las aguas ferruginosas son indicadas sobre todo para las enfermedades del estómago y del bazo<sup>32</sup>. Las indicaciones que se ofrecen para estas aguas no son muy amplias, pero sí interesantes, ya que parecen haber comprendido el papel del hierro en la hemopoiesis, pues la indican para ciertas enfermedades del bazo. Hoy día se emplean estas aguas en anemias y astenias.

Las aguas vitriólicas eran recomendadas para las enfermedades de la boca y de los ojos<sup>33</sup>. No se puede opinar sobre si las indicaciones de estas aguas son acertadas o no, ya que esta clase ha desaparecido actualmente de las clasificaciones modernas, pues, como ya

se ha apuntado, el papel que juega el cobre en estas aguas es muy pequeño; sin embargo, parece bastante juicioso el empleo del cobre en ciertas afecciones externas bucofaríngeas, probablemente como antiséptico<sup>34</sup>.

En cuanto a las aguas nitrosas, no parecen distinguirse bien de las salinas, o bien se empleaban ambas palabras indistintamente, sin querer referirse a aguas diferentes. Estas aguas eran indicadas para las parálisis y reumatismos -indicaciones que hoy día corresponden a las aguas cloruradas- y en general las consideraban purgativas<sup>35</sup>.

#### *Las aguas sulfurosas y su utilización en la Península*

Por lo que se refiere a las aguas sulfurosas, éstas no ofrecían para los autores y médicos de la Antigüedad problemas de identificación, como sucedía con otros tipos de aguas minerales, y además se mantienen hoy día dentro de las clasificaciones actuales. Parecen coincidir todos los autores en que son aconsejables para las enfermedades nerviosas, y según Bluteau<sup>36</sup>, Rufo de Efeso debió haber supuesto, sin duda, la influencia del azufre en la nutrición del sistema nervioso, puesto que recomienda a los paráliticos los baños en agua sulfurosa. Estas aguas son también recomendadas por estos autores para las afecciones dermatológicas, que parecen ser una de las indicaciones por las que hoy día son más frecuentadas; lo mismo sucedía en la Antigüedad y prueba de ello sería la existencia de algunas leyendas que se hacían eco del uso de estas aguas para el tratamiento de las dermatosis.

Una de las leyendas es la del río Anigro, recogida por Gil: en las aguas de este río se lavó el centauro Filénor la herida que le había producido Heracles con una flecha envenenada y desde ese momento las aguas quedaron malolientes -esta sería la explicación

<sup>29</sup> Ver por ejemplo las de: Rubio, *op. cit.*, pp. 546-555; Durand-Fardel, *op. cit.*, I, p. 464, s.v. "Classification"; J. J. Prieto Domingo, "Las aguas minero-medicinales: una fuente de salud permanente", *Termas*, 1, 1985, pp. 2-7.

<sup>30</sup> Antilo, *op. cit.*, X, 3, 3; Arquígenes, *op. cit.*, *Tetrabili*, I, *sermo* III, cap. CLXVII; Rufo de Efeso, *Fragmentos de Rufo de Efeso extraídos de Rhazés*, en *op. cit.*, p. 540; Galeno, *De crisibus*, IX, pp. 695-711 K (II, 13); *Methodi medendi*, X, pp. 665-71 K (X, 2) y pp. 706-26 K. (X, 10); *Depraesigitione expuhu*, IX, pp. 386-90 K (III, 8); Celio Aureliano, *op. cit.*, V, 4 y VI; Pablo de Egina, *op. cit.*, I, 54.

<sup>31</sup> Antilo, *op. cit.*, X, 3, 5; Arquígenes, *ibidem*; Galeno, *De sanitate hienda*, VI, pp. 242-63 K (IV, 4); *De simplicium medicamentorum*, X, pp. 393-94 K (I, 7); Alejandro de Tralles, *op. cit.*, X, 1; Pablo de Egina, *ibidem*.

<sup>32</sup> Antilo, *op. cit.*, X, 3, 7; Arquígenes, *ibidem*; Celio Aureliano, *op. cit.*, IV, 1; Pablo de Egina, *ibidem*.

<sup>33</sup> Antilo, *op. cit.*, X, 3, 6; Arquígenes, *ibidem*; Galeno, *Methodi medendi*, X, pp. 535052 K (VIII, 2); Pablo de Egina, *ibidem*.

<sup>34</sup> Bluteau, *op. cit.*, p. 64.

<sup>35</sup> Celso, *op. cit.*, IV, 5; Antilo, *op. cit.*, X, 3, 3; Arquígenes, *ibidem*; Galeno, *De medicamentorum simplicium*, XI, pp. 392-93 K (I, 7); *De sanitate tuenda*, VI, pp. 242-63 K (IV, 4); Alejandro de Tralles, *op. cit.*, VII, 7 y X, 1; Pablo de Egina, *ibidem*.

<sup>36</sup> *Op. cit.*, P. 63.

mítica del mal olor propio de las aguas sulfurosas-. A partir de ese momento cualquier enfermo de la piel o leproso, que antes rogara a las Ninfas Anígrides y nadara en las aguas del mencionado río, quedaba curado<sup>37</sup>.

Y otra leyenda es la que mantiene la tradición que atribuye a Heracles el descubrimiento de las aguas termales<sup>38</sup> y sulfurosas y explica por qué estas aguas eran llamadas baños de Hércules y le estaban consagradas. Las aguas termales estuvieron bajo la protección de este héroe porque daban fuerza y salud, y durante mucho tiempo las palabras *hercúlea* y *herculana* fueron sinónimos de *balnea*<sup>39</sup>. La leyenda cuenta que tras los agotadores trabajos que tuvo que realizar, Atenea pidió a las Ninfas que hiciesen brotar fuentes calientes donde el héroe pudiera recuperar sus fuerzas, y este sería el origen, entre otras, de las fuentes de Himera, en Sicilia, y de la de las Termopilas<sup>40</sup>. Se trata de aguas calientes y sulfurosas, y parece ser que Heracles estaba especializado en proteger este tipo de aguas. La explicación de este hecho puede estar en una leyenda referida también al héroe y en la expresión *Herakleios psora*, "sarna de Heracles". La leyenda mencionada habla de la lucha que Heracles mantuvo con los Gigantes en los parajes del Vesubio y el

Etna; esta lucha hizo temblar la tierra y llenó el aire de humos fétidos provenientes de los cadáveres de los Gigantes. Esta leyenda popular es la que especializa al héroe en la protección de las aguas con olor a azufre (es decir, sulfurosas)<sup>41</sup>. En cuanto a la "sarna de Heracles"<sup>42</sup>, la expresión, junto a una representación del héroe abatido sentado en una fuente, ha llevado a pensar en una posible enfermedad mítica de este personaje. Ya hemos mencionado que Atenea hizo brotar para él aguas calientes en varios puntos; calientes y sulfurosas. Y son precisamente estas aguas las especialmente recomendadas para las enfermedades de la piel<sup>43</sup>. De ahí que la enfermedad de Heracles y el uso que hizo de este tipo de aguas justificaría la protección que ejercía sobre ellas<sup>44</sup>.

Tras un estudio de la utilización de las aguas minero-medicinales por parte de los romanos en la Península, se ha comprobado que las aguas más utilizadas son las sulfurosas<sup>45</sup>. Este hecho podría ser debido a diversos motivos: en primer lugar, hay que advertir que son las aguas de las que mayor número de manantiales existen registrados en la Península, así por lo menos se deduce de la obra de Rubio<sup>46</sup>. En segundo lugar, son las aguas que tienen la capacidad de curar las enfermedades más comunes<sup>47</sup> -si es que se puede

<sup>37</sup> L. Gil, *Therapeia. La medicina popular en el mundo clásico*. Madrid, 1969, p. 139. Todo esto, según Gil, no forma parte más que de una terapéutica catártica en la que los aspectos terapéuticos o médicos son difíciles de separar de los religiosos. Y este autor lo ve, además, muy claro en el caso de enfermedades muy visibles y de aspecto quizá repelente como la lepra o cualquier otra enfermedad de la piel; en estos casos el rito catártico del baño tendría como finalidad "dejar limpio", con un doble sentido, ritual y terapéutico.

<sup>38</sup> Heracles no es protector de cualquier tipo de agua mineral, lo es, en concreto, de las calientes. Ver Aristófanes, *Las Nubes*, 1050: "Bueno, pues, ¿dónde has visto que alguna vez los baños Heracleos sean fríos? Y, a ver, ¿quién es más viril que él?".

<sup>39</sup> R. Monasterio y Correa, *Ensayo práctico sobre la acción terapéutica de Las Aguas Minerales*, Madrid, 1850, p. 14.

<sup>40</sup> Sobre la relación de estas fuentes y Heracles ver: Diodoro, V, 3, 4; R. Briau, en Ch. Daremberg - E. Saglio, *Dictionnaire des antiquités grecques et romaines*. Paris, 1869-89, I, primera parte, p. 334 s.v. "Aquae"; Monasterio y Correa, *op. cit.*, p. 13; J. M. E. Gorjux, *Recherches sur les eaux thermales et les eaux minerales de l'Hellade, de l'Italie et des Gaules aux temps anciens*, Bordeaux, 1913, pp. 28, 36 y 46; Mme. A. G. Panayotatou, *L'hygiène chez les anciens grecs*. Paris, 1923, p. 82.

<sup>41</sup> E. H. Guitard, *Le prestige passé des eaux minerales*, Paris, 1951, p. 11.

<sup>42</sup> Gil, *op. cit.*, p. 472, nota 15c, cita, en referencia a esta expresión concreta, a *Sud*. s. v., Diogenian V, 7, Macar. IV, 57, Apost. VIII, 68.

<sup>43</sup> Durand-Fardel, *op. cit.*, II, p. 806, s. v. "Sulfureuses"; Prieto Domingo, *op. cit.*, p. 6.

<sup>44</sup> En la Antigüedad las fuentes de aguas sulfurosas recibían el nombre de "baños de Heracles": Gil, *ibidem*.

<sup>45</sup> Del cerca del centenar de aguas minerales explotadas por los romanos (teniendo en cuenta sólo aquellos lugares de los que se poseen indicios seguros y excluyendo los que parecían meras hipótesis) he podido obtener el análisis de 71 de ellos y, de éstos, 31 son de aguas sulfurosas, repartiéndose el resto de forma más o menos regular entre otros tipos de aguas. Estos lugares son los siguientes: 1. Archena (Murcia), 2. Artés (Lérida), 3. Bande (Orense), 4. Baños de Montemayor (Cáceres), 5. Baños de Zújar (Granada), 6. Braga (Braga), 7. Brués (Orense), 8. Caldas das Taipas (Braga), 9. Caldas de Canaveses (Porto), 10. Caldas de Monchique (Faro), 11. Caldas de Vizela (Porto), 12. Carballo (La Coruña), 13. Carratraca (Málaga), 14. Casares (Málaga), 15. Cuntís (Pontevedra), 16. Fadagosa (Portalegre), 17. Gigonza (Cádiz), 18. Guitiriz (Lugo), 19. Guntín (Lugo), 20. Layas (Orense), 21. Ledesma (Salamanca), 22. Les (Lérida), 23. Lisboa (Lisboa), 24. Lugo (Lugo), 25. Ontaneda (Santander), 26. Panticosa (Huesca), 27. Quintanilla Somuñó (Burgos), 28. Retortillo (Salamanca), 29. San Pedro do Sul (Viseú), 30. San Vicente do Pinheiro da Vandoma (Porto), 31. Tiermas (Zaragoza). Un estudio detallado de cada uno de estos balnearios romanos se encuentra en el capítulo IV de mi tesis doctoral ya citada, pp. 373-611.

<sup>46</sup> *Op. cit.*, pp. 723-34.

<sup>47</sup> Ver para ello: Durand-Fardel, *op. cit.*, II, p. 806, s. v. "Sulfureuses"; Prieto Domingo, *op. cit.*, pp. 2-7.

utilizar esta expresión-, como son las afecciones de las vías respiratorias, reumáticas, hepáticas, urinarias y ginecológicas; y también las más visibles y desagradables a la vista, como son las enfermedades de la piel, y que quizás fueron las más molestas en la Antigüedad por el significado que podían tener de marca enviada por los dioses por alguna falta cometida. Y, en tercer lugar, son las aguas que, independientemente de su capacidad terapéutica, desde el punto de vista de su composición química, llamarían más la atención, puesto que las aguas sulfurosas emiten un olor a azufre y a ello pudo añadirse el factor religioso o supersticioso: sabemos, por ejemplo, que la purificación con humo de azufre fue en Grecia, durante muchos siglos, un rito purificador o catártico. Pudo existir la creencia de que las aguas sulfurosas limpiaban tanto el cuerpo como el alma; una vez desaparecida la mancha de la piel se suponía que se había conseguido el perdón de los dioses, y el medio para conseguirlo era el tratamiento con las aguas sulfurosas.

Y en este sentido es muy interesante comprobar cómo, de los 31 balnearios que utilizan aguas sulfurosas, 13 se sitúan en el noroeste de la Península, donde

el culto al agua estuvo más desarrollado que en ningún otro lugar de la misma. Ante esta cifra -importante, puesto que las 18 restantes se reparten por toda la Península-, cabe deducir que: o bien en esta zona es el tipo de agua más frecuente, teniendo en cuenta que estamos en la "España silícea"<sup>48</sup>, o bien es una evidencia más<sup>49</sup> de que estamos en una zona donde el culto al agua tiene un gran desarrollo y donde está extendida la creencia de que el poder salutífero del agua se debe al poder de la divinidad que reside en ella y que es, además, quien limpia la mancha, muy evidente cuando se trata de una enfermedad de la piel; de ahí el aprecio a las aguas sulfurosas y el hecho de que hayan quedado- mayor número de testimonios de su utilización y del culto que se rendía a las mismas. Por tanto, y para finalizar, se puede decir que la comprobación de que estas aguas son las más utilizadas en la Península puede contribuir a aumentar el conocimiento acerca de las enfermedades que pudo padecer la población hispanorromana, al tiempo que pone en conexión la terapéutica hispana con la del resto del mundo grecorromano, donde ya se ha visto que gozaban de una especial consideración.

<sup>48</sup> Nomenclatura tomada de M. De Terán - L. Solé Sabaris - y otros, *Geografía General de España*, Barcelona, 1978, 1, p. 20.

<sup>49</sup> Como ya he apuntado este trabajo forma parte de mi tesis doctoral, ya citada, en la que he realizado un estudio de los balnearios de la Península Ibérica, atendiendo a todos los aspectos relacionados con los mismos, tanto médicos como funcionales y religiosos y donde he analizado el carácter del culto a las aguas medicinales en las distintas zonas de la Península.